

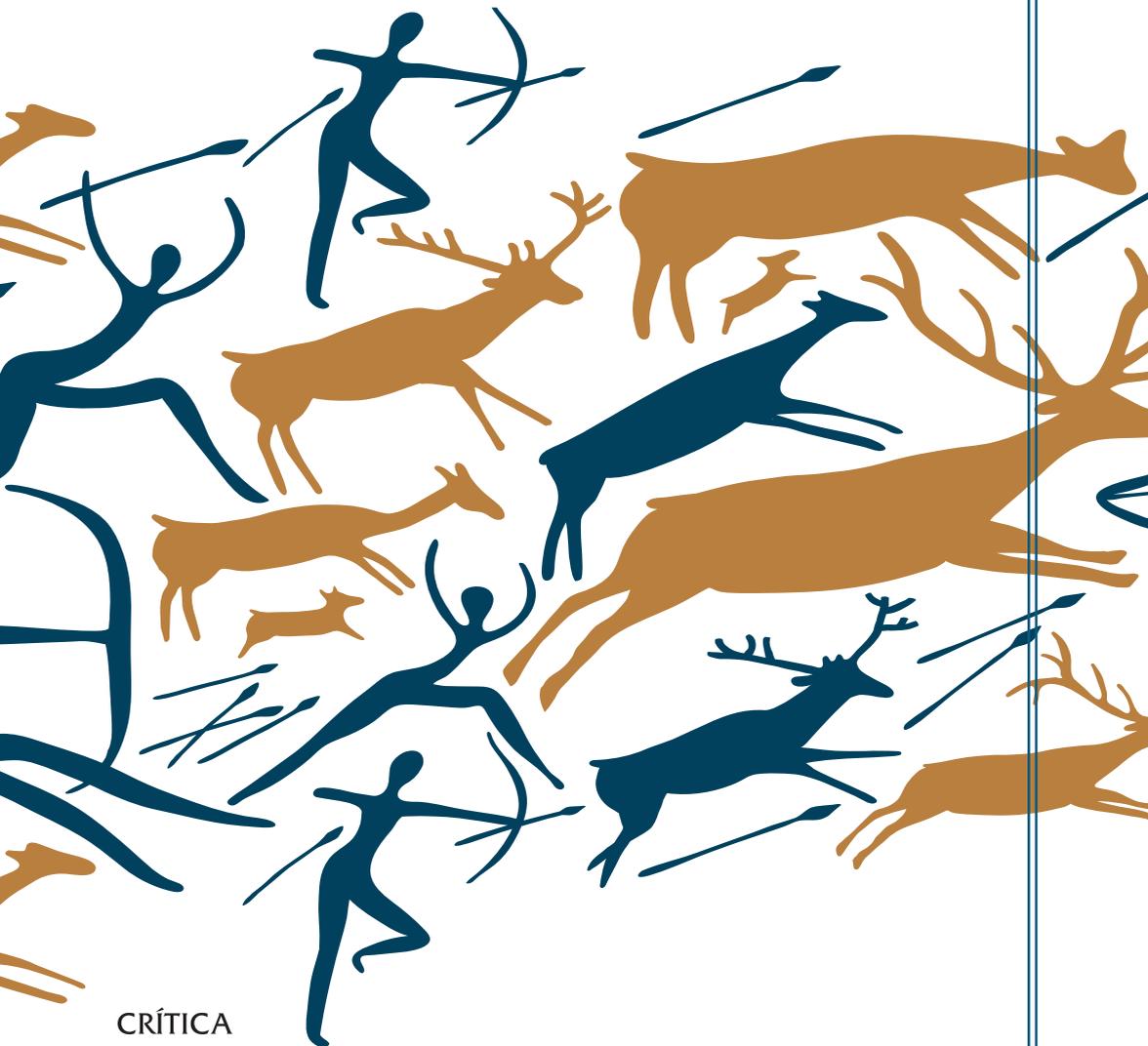
DRAKONTOS

Richard Leakey
y Roger Lewin



Nuestros orígenes

En busca de lo que nos hace humanos



CRÍTICA

NUESTROS ORÍGENES

En busca de lo que nos hace humanos

Richard Leakey y Roger Lewin

Traducción castellana de
M.^a José Aubet

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 1994
Primera edición en esta presentación: junio de 2015

Nuestros orígenes. En busca de lo que nos hace humanos
Richard Leakey y Roger Lewin

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Origins reconsidered. In search of what makes us human*

© Sherma B.V., 1992

© de la traducción, M.^a José Aubet, 1994

© Editorial Planeta S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-859-4

Depósito legal: B. 10.780 - 2015

2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Capítulo I

HACIA EL TURKANA OCCIDENTAL

La banda de seis individuos se ha puesto muy pronto en camino con una finalidad determinada, atravesando a grandes zancadas el terreno resbaladizo, herbáceo, salpicado aquí y allá por acacias de copa plana. Los colores del cielo oscilan entre los tonos grises y los rosáceos a medida que el sol se levanta detrás de la cordillera montañosa por el este, al otro lado de este gigantesco lago. Pronto las montañas del oeste reflejarán franjas de luz con los colores de la mañana. La brisa del alba arrastra consigo el olor de las aguas inmensas. Manadas de caballos triangulados y de gigantesos ñus abreven ya en la arena de las playas, con grandes sorbos de agua sedosa para saciar las necesidades del día. Los pájaros vadean delicadamente las olas del lago, y pescan con pericia pequeños peces y cangrejos en el agua de color verde jade. Encima, miles de flamencos revolotean formando grandes bandadas de color rosa, saludando con exuberancia el nuevo día africano.

Durante la noche, todos han oído los continuos gemidos guturales de los felinos dientes de sable, clara señal de que han cazado una presa. Aunque la banda se siente relativamente a salvo en su campamento ribereño, a un kilómetro y medio del lago, siempre hay tensión cuando los dientes de sable están cerca. Hace sólo un año, un niño fue atacado cuando estaba fuera del alcance de la mirada vigilante de su madre y de sus compañeras. Al volver de la caza, el mismo grupo de hombres que hoy se prepara para ir en busca de alimento llegó justo a tiempo para ahuyentar a los depredadores. Pero el niño murió pocos días después a causa de la pérdida de sangre y de la infección galopante tan letal en los trópicos. La discusión de esta mañana se ha centrado en la recomendación de suma vigilancia sobre las mujeres y sus crías, que recogen tubérculos y nueces cerca del campamento, recomendación también aplicable a los hombres en la caza. Estos hombres también son depredadores.

El objetivo del día es una manada de antílopes, de piel marrón brillante

y retorcidas astas. Ayer se divisaron rastros de la manada, y si los cálculos son correctos, hoy tiene que estar a unos veinticinco kilómetros hacia el norte, un paseo para estos cazadores, porque sus cuerpos, robustos y atléticos, están hechos para cubrir fácilmente largas distancias. Todos son hermanos y primos, hasta el más pequeño. Pese a su corta edad, también es alto, ágil y musculoso, con un rostro grande, marcado por una frente corta, inclinada, y unas cejas prominentes, como sus parientes. Va a ser su primera incursión en el mundo de la caza. Y la última.

Los cazadores, expertos rastreadores, se dedican a detectar el rastro de su presa. Al revés que las locuaces mujeres que se han quedado atrás, en el campamento, los hombres apenas intercambian alguna que otra frase. Están atentos, hablan sólo lo necesario. La caza exige silencio, y habilidad para confundirse con el paisaje. La vida del campamento y la búsqueda de alimento estimula la cháchara; el campamento es un sitio seguro, un lugar para la libre comunicación, para el vasto aprendizaje de los jóvenes. Es un lugar ruidoso, con socialización intensa entre los jóvenes y los ancianos, donde se juega por puro placer y por sociabilidad.

Al mediodía ya se ha avistado la manada, que reposa tranquilamente bajo la sombra de unos árboles, la estrategia animal para resguardarse del sol y del calor. No hay a la vista ningún otro depredador activo a esta hora del día. Durante la marcha, los cazadores han visto un grupo de grandes primates, bípedos como ellos, pero más voluminosos y pesados, provistos de grandes mandíbulas. Estos primates bípedos no son cazadores, recogen alimentos vegetales, frutos de árboles y arbustos de la pradera y de las zonas boscosas. Se han escabullido al ver acercarse a la banda de cazadores. Ellos no son cazadores, pero a veces son cazados, por eso huyen.

Más allá, la banda de cazadores ha divisado una compacta manada de elefantes, de enormes colmillos. Los cazadores hubieran preferido descuartizar un cuerpo ya muerto, pero no hay ninguno a la vista. Porque estos animales son demasiado grandes, una presa demasiado arriesgada. Es mejor un antílope, más seguro. Uno joven para la caza de hoy, o tal vez uno viejo y vulnerable. Compensan la falta de armas naturales a base de maña y astucia. A su arsenal de piedras y de lanzas cortas y toscas los cazadores añaden trampas simples pero eficaces y la habilidad para atraer la presa. Divisada la manada a través de un bosquecillo de acacias que oculta a la banda de cazadores, se prepara una estrategia. Alguien señala un escondrijo en las rocas cercanas, rocas muy adecuadas para producir hojas y hachas de piedra necesarias para descuartizar el cuerpo del animal.

Se selecciona la presa, un antílope joven, y la banda se divide. Cada uno sabe lo que tiene que hacer para intentar dispersar la manada y atraer la presa hacia la trampa, un ingenio hecho a base de piel, tiras de corteza y ramas. Quizás porque la manada es mayor de lo que los cazadores creían, o tal vez porque los antílopes, como los humanos, están hoy alertas debido a la presencia invis-

ble de los felinos dientes de sable en la zona; o quizás porque el muchacho tenía mucho que aprender y no quería fracasar en su rol; quizás por una combinación de todo ello, los planes no han salido como estaba previsto. Sea por lo que fuere, el chico se ha encontrado de repente corriendo, corriendo a ciegas, con un gran corte en el muslo y sangrando profusamente pero, curiosamente, no siente dolor. Todavía no.

Débil a causa de la pérdida de sangre, el muchacho se asusta cuando cae la noche. Ahora la herida le duele, siente palpitaciones. Recuerda que, hace un año, el niño que fue atacado por los felinos dientes de sable tenía heridas parecidas, infligidas por los dientes, largos y afilados, del depredador, y no, como él, por el tajo incidental producido por el asta de un antílope. Recuerda que el niño se fue debilitando, adoptando actitudes extrañas, agitando los brazos y gritando salvajemente. Y recuerda cómo el niño cesó de moverse, y se quedó muy quieto. Y no volvió a verlo. El recuerdo le asusta, pero no sabe muy bien por qué.

Ha pasado un día, y otro. ¿Dónde están los demás? ¿Por qué no vienen? Si al menos pudiera llegar hasta el lago se sentiría mejor en sus refrescantes aguas. Todo su cuerpo tiembla de fiebre. Si pudiera llegar al lago. No está lejos. Seguro que lo consigue, y entonces lo encontrarán.

El joven consigue llegar hasta la orilla del lago, una laguna poco profunda rodeada de frondosos arbustos, y cañizales emergiendo del fondo. Arrastra su maltrecho cuerpo hasta el agua sedante, con la fiebre a punto de acabar con su víctima. Por un momento sí se siente un poco mejor, más tranquilo, y tiene sueño, mucho sueño.

Nunca lo encontraron en aquella laguna poco profunda de la margen occidental del lago Turkana, hace algo más de 1,5 millones de años.

«*Kilo noviembre Mike, listo para despegar.*» Íbamos cargados hasta los topes, con el tanque lleno de gasolina y hechas todas las comprobaciones necesarias, y el Cessna monomotor estaba listo para despegar. Esperé la respuesta, feliz de emprender el vuelo. Finalmente gruñó el OK, justo encima de mi cabeza. «*Kilo noviembre Mike, despegue inmediato.*»

Abrí la válvula y sentí las vibraciones del fuselaje cuando la potencia del motor se transmitió a las ruedas frenadas del avión parado. Una última inspección visual de los agitados cielos del aeropuerto Wilson de Nairobi, y solté el freno. El 5Y-KNM se movió hacia adelante como si también estuviera impaciente por emprender la marcha, y una vez en la pista aceleró en dirección este, para lanzarse hacia aquel cielo de madrugada. Un gran bancal a la derecha nos indicó la dirección hacia el lago Turkana, nuestro destino, a unos 400 kilómetros al norte.

El vuelo hasta el lago dura unas dos horas y media. Pero en realidad es un viaje hacia el pasado. Al final del viaje nos esperaban unos pocos fragmentos de un individuo que vivió hace algo más de 1,5 millones de años: el joven tur-

kana. Perteneía a la especie de nuestros antepasados, y el joven mismo nos deparaba una gran sorpresa.

Ya ni recuerdo las veces que he realizado este vuelo, pero los hitos me son tan familiares como el trayecto de cualquier peatón hasta su trabajo. La primera vez que yo mismo piloté el avión fue en 1970, en las incipientes exploraciones de los antiguos depósitos de las márgenes del lago Turkana, antes de que el descubrimiento de fósiles humanos hiciera famosa la región. Y, salvo en la época de mi enfermedad, en 1980, con operación y recuperación incluidas, he hecho el trayecto Nairobi-Turkana-Nairobi varias veces al mes, a veces solo, pero casi siempre con colegas y visitantes. Pero siempre pensando en los fósiles desenterrados pocos días antes y en la forma de localizar otros. Arriba en el avión es un buen lugar para pensar.

En este vuelo concreto, del 23 de agosto de 1984, Alan Walker y yo íbamos a reunirnos con varios equipos que estaban explorando el territorio fósil de la margen occidental del lago Turkana. Alan y yo somos íntimos amigos y colegas desde 1969, cuando le invité a describir los fósiles homínidos descubiertos en la primera gran expedición al lago Turkana. Alan, un inglés alto y de complejión atlética —por lo menos, de tendencia atlética, según los cánones actuales—, de carácter franco, es un brillante anatomista y un escultor de talento. Y también goza, desde hace poco tiempo, de una de las becas de investigación más prestigiosas, la MacArthur.

El día antes del viaje, cuando Alan estaba trabajando con los simios fósiles del Museo Nacional de Nairobi, Kamoya Kimeu me llamó por radioteléfono para decirme que se habían encontrado fragmentos de cráneo de homínido en dos yacimientos distintos. «¿Querrás verlos?», bromeó Kamoya, sabiendo que sí, que estaría encantado. Kamoya dirige el equipo de especialistas de buscadores de fósiles —la Banda Homínida— e informa por radioteléfono cada dos o tres días cuando él y su equipo exploran el terreno. Es una saludable práctica de seguridad, pero también ayuda a mantener en pie un campamento tan alejado de cualquier fuente de suministro regular.

Cuando le pedí que me diera más detalles, Kamoya me describió los hallazgos: se trataba de varios pequeños fragmentos de cráneo. No parecían aportar nada especial, pero los homínidos fósiles son extremadamente raros. «Ponlos en lugar seguro, nos veremos mañana.» Hablamos de los asuntos relacionados con el campamento, de suministros y del equipo que había que llevar al lago, y desconecté. Alan y yo hicimos los preparativos para salir al día siguiente hacia el Turkana.

«Habrà que comprobar la toba de Lothagam», me recordó Alan al abandonar Nairobi. Las tobas, o estratos de ceniza volcánica, es maná caído del cielo para los antropólogos, porque por lo general es posible fecharlas mediante análisis geofísico. Pero a veces son intransigentes, y la de Lothagam nos estaba creando problemas. «Tenemos que conseguir que nos diga su edad.»

Lothagam Hill está, cual león pensante, al oeste del lago Turkana. Misteriosamente bella, salpicada de amarillos, rojos y púrpuras espectaculares, Lothagam es un enigma, hace tiempo. El contorno inferior de la colina, con su cresta elevada en un extremo —la cabeza y la melena del león— contiene una complicada geología que hace difícil estimar la edad de algunas de sus rocas. Y la edad es importante, porque en 1966 se encontró aquí una mandíbula de homínido, y la fecha de las rocas nos ayudaría a calcular la edad de los fósiles que contienen. Veinte años después aún no sabíamos con seguridad si el fósil tenía 5,5 millones de años, más bien 4 millones de años, o menos. Si la mandíbula tenía realmente más de cinco millones de años, podía ser el homínido más antiguo jamás descubierto, próximo a los orígenes de la prehistoria humana. Sí, teníamos que arrancarle la edad, de alguna manera. «Haremos un par de tentativas, para ver hacia dónde va la toba», contesté a Alan. Pero todavía nos quedaban dos horas de vuelo.

«*Kilo noviembre Mike. Límite zona de despegue. Dejen libre para conectar con centro. Cambio.*» El viaje hacia el norte empezaba con una obligada verificación poniéndose en contacto con la torre de control. «*Roger, Kilo noviembre Mike. Cambio.*»

Estábamos a diez minutos del aeropuerto Wilson, a más de dos mil metros de altura, y seguíamos subiendo. Como era habitual en esta época del año, estaba muy nublado. Más al norte dejaríamos atrás la masa de nubes, pero aquí podría dificultarnos bastante la primera parte del viaje. Había que ganar altura, rápidamente, porque justo delante nuestro estaba la cresta del gran valle del Rift. Estábamos a unos 50 kilómetros de Nairobi.

La ciudad de Nairobi está a unos 1.700 metros de altitud, y descansa sobre un vasto domo geológico que hace quince millones de años levantó la corteza terrestre desde el nivel del mar hasta más de 3.000 metros de altura en su punto más alto. Por presión de profundos movimientos tectónicos, la placa continental se dilató y cedió, formando el llamado Gregory Rift, una fractura geológica de más de 4.500 kilómetros, desde Israel al norte, hasta Mozambique, al sur. La formación de la fractura, un accidente geológico de proporciones gigantescas, desempeñó un rol vital en la evolución de nuestra especie. De hecho, es posible que si el Gregory Rift no se hubiera formado cuando y donde lo hizo, la especie humana tal vez nunca habría aparecido.

Pero el interés más inmediato es que la cresta del desfiladero que teníamos ahora ante nosotros se eleva a casi 3.000 metros de altura. Todo piloto que vuela hacia el norte desde Nairobi tiene que salvar ese obstáculo, y algunos no lo consiguieron. Yo era el piloto y tenía que concentrarme en ello. Frecuentemente he notado que en este punto el pasajero ocasional, nervioso, parece querer ayudar al avión a ganar altura. Cosa que agradezco, claro, pues toda ayuda es poca.

Al este, granjas pequeñas y grandes, plantaciones de té y de café, forman un paisaje diverso y fresco en los fértiles altiplanos alrededor de la ciudad de

Limuru. La tierra volcánica aquí es roja y fecunda. No es extraño que los británicos decidieran instalarse aquí cuando colonizaron el país, hace un siglo. No muy lejos está Thika, el hogar de Elspeth Huxley, que plasmó sus primeros años en Kenia en varios libros, entre ellos el famoso *Flame Trees of Thika*. Pero mi atención se centraba delante mío, porque la avioneta tenía que abrirse paso entre los golpes de viento procedentes del valle. Superamos la cresta del desfiladero, y el sol brilló fugazmente a través de las nubes, aunque presagiando lluvia. Al oeste, las paredes del valle del Rift desaparecieron de repente. Bajo un cielo despejado es fácilmente discernible el espectáculo y el contraste entre los verdes altiplanos y el valle reseco allá abajo. Pero aquel día, bajo un manto casi constante de nubes, el valle estaba en la penumbra, bajo la niebla. Nunca es igual, cada mes cambia, y me gusta.

Por lo general, a estas alturas del vuelo ya es posible relajarse un poco. Nunca del todo, aunque sólo sea por el peligro de colisionar con las alas de los buitres, halcones, o incluso pelicanos que vuelan a estas alturas. Un avión que choque con uno de estos animales, que pueden llegar a pesar hasta quince kilos, y volar a 250 kilómetros por hora, puede tener serios problemas: un agujero en el fuselaje o un propulsor roto. Un piloto que se encuentre en medio de una bandada de pájaros se enfrenta a la casi imposible tarea de esquivarlos. Una vez yo estuve a punto, y tuve la suerte de poderlos evitar. Tal vez parezca extraño, pero los pájaros son el mayor peligro para la vida del piloto. Yo no veía ninguna colisión potencial en este vuelo, pero las nubes bajas hacían el viaje difícil. Así que intenté elevarme por encima de ellas, a unos 4.000 metros de altura, con el morro del aparato hacia arriba —demasiado. El asiento empezó a vibrar —que suele ser motivo de alarma para aquellos no habituados a volar en avioneta—, y tuve que volver a bajar el morro del avión para ganar velocidad. De nuevo la estabilidad.

Al este, los picos de los montes Aberdares, por encima de las nubes. Alimentada por abundante humedad, la frondosa vegetación de los Aberdares contiene una maravillosa diversidad de animales salvajes, como los elegantes monos colobos, blanquinegros, y también leopardos. En un tiempo hubo aquí miles de elefantes, pero lamentablemente hoy ya no es así. Unas mil quinientas de estas majestuosas bestias viven actualmente en el parque de los Aberdares, protegidos de la caza clandestina. Pasados los Aberdares, hacia el este, está el monte Kenia, con su pico nevado de 6.000 metros de altura. Aquel día no se dejaba ver, estaba cubierto de nubes. Aunque no podía verlo, ni tampoco sus fértiles laderas, pensé de nuevo en los contrastes que me rodeaban: glaciares de alta montaña, valles alpinos, y frondoso bosque templado en el monte Kenia a mi derecha, el desierto reseco en el fondo del desfiladero, a mi izquierda, y un complejo y escalonado mosaico de vegetación uniendo ambos paisajes. No hace falta ser un apasionado de la naturaleza para quedar fatalmente impresionado por la vitalidad y la diversidad de todo ese paisaje.

A una hora ya de Nairobi, todavía intentando dar con una altura de vuelo

más suave, a veces por encima de las nubes, otras por debajo de ellas, ahora podíamos ver el lago Baringo, al oeste. Uno de los muchos lagos diseminados por el gran valle del Rift, el Baringo tiene un color marrón-lodo en esta época del año, resultado de las copiosas lluvias estacionales que arrastran limos aluviales procedentes de los montes Tugen, al oeste del lago. La isla volcánica en el centro del lago destaca en medio de las aguas marrones. Mi hermano mayor, Jonathan, vive cerca del lago, en la margen occidental, donde cultiva melones y hace tiempo también criaba serpientes. Geólogos y antropólogos han explorado la zona en busca de fósiles durante años en varios yacimientos situados entre el lago y las montañas, con notable éxito, y están reconstruyendo un cuadro exquisito de la vida animal que abundó en la zona hace entre trece y cinco millones de años. Todavía nada espectacular a nivel homínido, pero nunca se sabe. No se por qué, pero el Baringo nunca me ha atraído: prefiero con mucho el paisaje más salvaje, al norte.

«*Kilo noviembre Mike. Informando operaciones normal. Cambio.*» Este era el último control que haría con una torre de control aéreo; pronto estaríamos fuera de su alcance. Ahora estábamos solos. Dentro de unos cuarenta y cinco minutos avistaríamos el extremo sur del lago. «*Roger, Kilo noviembre Mike. Corto.*»

Alan y yo no solemos hablar mucho durante el vuelo. Hay que gritar para hacerse oír con el ruido del motor, y puede resultar muy incómodo. A mí no me importa el esfuerzo, pero Alan, como casi todo el mundo, prefiere no gritar. Así que se pone a leer.

Siempre me ha gustado mirar desde el avión para ver lo que hay debajo: bosques, afloramientos sedimentarios, evidencia de vida humana, este tipo de cosas. El viaje desde Nairobi hasta el lago Turkana es especialmente interesante porque el terreno cambia de sur a norte y de este a oeste, como un calidoscopio geológico. Muchas veces, con un determinado ángulo de luz, puede verse algo que no se ha visto antes, un rasgo geológico o un nuevo torrente de agua. Siempre suelo mirar hacia abajo, pero en ocasiones me dedico a observar los pájaros.

Hasta este punto del vuelo, el fondo del valle del Rift queda a nuestra izquierda cuando se sobrevuela la meseta Laikipia. Pero ahora nuestra ruta nos lleva por el extremo de la meseta, con el fondo del valle debajo de nosotros, un terreno árido desde aquí hasta nuestro destino. Adoro el desierto. Desde aquí, y durante la última hora y media de vuelo, vemos lavas y cráteres, cauces fluviales secos, sombras de borrosos cursos de agua discurriendo en medio de tierra reseca. Para algunos, una tierra así puede parecer hostil. Para mí, es como volver a casa, y me invade una sensación de paz. Por la mañana temprano el vuelo puede resultar mágico, cuando los rayos del sol se abren camino, muy bajos, a través del paisaje. A veces es tan hermoso que me entran ganas de parar el avión en una nube para poderlo contemplar.

Siempre me han apasionado los lugares salvajes y remotos, y los animales

que allí habitan. En mi adolescencia lo único que deseaba era proteger la fauna salvaje de la selva, atrapar animales peligrosos, llevar una vida de aventura. Y ahora soy director del servicio de protección de la fauna salvaje. Soy el jefe de todos los guardas de caza de Kenia. No es difícil explicar ese amor por la vida salvaje. Mis padres, Louis y Mary, no quisieron que sus hijos interfirieran en sus expediciones, así que mis hermanos Jonathan y Philip, y yo, íbamos a todas partes con ellos, casi siempre a lugares muy emocionantes y peligrosos.

En el frescor del atardecer, cuando las excavaciones del día habían terminado, Louis solía dar largos paseos, buscando nuevos yacimientos o verificando los viejos. Y solía llevarnos a los tres con él, con la condición de que no le hiciéramos perder el tiempo. Mi padre era un gran naturalista, y solía hablarnos de historia natural mientras caminábamos. Los tres nos quedábamos subyugados, mientras interiorizábamos un profundo conocimiento de la naturaleza. También aprendimos a defendernos: a encontrar agua y comida en lo que parecía un árido desierto, a seguir el rastro de animales salvajes y a atraparlos. Aprendimos a ser parte de la naturaleza, a respetarla y a no temerla.

No todo era de color de rosa. Los niños pueden aburrirse enormemente cuando sus padres se pasan horas escarbando en tierra seca. Un día, cuando tenía seis años, harto de lo que estaba pasando —o más bien, de lo que no estaba pasando, según mi visión de las cosas entonces— empecé a quejarme de calor, de sed, y de incomodidad. Finalmente Louis se hartó y me dijo: «¡Ve y busca tu propio hueso!».

Me marché de allí, y empecé a buscar posibles yacimientos —aunque ahora no estoy seguro de lo que buscaba realmente— y vi un fragmento de hueso fosilizado de color marrón que sobresalía del suelo, a unos diez metros de donde estaban trabajando mis padres. Empecé a excavar ávidamente el hueso, y estaba tan absorto que mis padres empezaron a preguntarse qué es lo que estaba haciendo. Cuando vieron lo que tenía, me apartaron a un lado rápidamente para poder recuperar el fósil indemne. Resultó ser la primera mandíbula completa de una especie extinguida de cerdo gigante, *Notochoerus andrewsi*, que vivió hace medio millón de años. Pero ningún premio por mi descubrimiento podía compensarme de la furia que sentí por haberme quedado sin mi hueso. Ya entonces era ferozmente independiente, tanto es así que no pasó mucho tiempo antes de decirme a mí mismo que, hiciera la carrera que hiciese, no sería nunca un buscador de fósiles. No seguiría los pasos de mis padres para vivir siempre a su sombra.

Los nombres de Louis y Mary quedarán para siempre asociados a la garganta de Olduvai, en Tanzania, yacimiento de famosos descubrimientos que situó el África oriental en el mapa antropológico. Desde 1925, Suráfrica había sido el epicentro de la búsqueda de antepasados humanos primitivos, y Raymond Dart y Robert Broom, nombres legendarios en los anales de la antropología, lograron incontables éxitos. Pero en el África oriental de aquella época no se había descubierto nada. Luego, tras años de búsqueda infructuosa, Louis

y Mary realizaron dos grandes hallazgos en poco tiempo, en 1959 y en 1960. Primero fue *Zinjanthropus*, una especie extinguida de enormes dientes, similar a algunos de los fósiles descubiertos en Suráfrica. Y luego *Homo habilis*, descubierto por Jonathan. Era una nueva especie de humano fósil, un fabricante de útiles, con gran cerebro, miembro de nuestro género y, según mi padre, el antepasado directo de los futuros humanos. *Homo habilis* significa en realidad «hombre hábil», un nombre sugerido por Raymond Dart.

El modelo de prehistoria humana que establecieron estos primeros descubrimientos sigue aún vigente entre nosotros. Desde los tiempos más remotos, hubo simios bípedos, de pequeño cerebro, incluidos *Zinjanthropus* y las criaturas surafricanas, varias especies de *Australopithecus*. Todos ellos acabaron por extinguirse, y en algún momento surgió la especie de gran cerebro que se convertiría en el género *Homo*, nosotros. Actualmente tenemos una idea mucho más clara de los tiempos de nuestra prehistoria, cuando los distintos protagonistas de nuestro pasado aparecieron por primera vez, para luego —la mayoría de ellos— desaparecer. Pero en la época en que mis padres trabajaban en la garganta de Olduvai sólo era visible una pequeña parcela de esta historia. Sin embargo, ya era evidente que *Zinjanthropus* y otros seres de pequeño cerebro vivieron hace unos dos millones de años, y tal vez incluso antes. Hace un millón de años se extinguieron. Lo sorprendente es que *Homo habilis*, la primera especie en la línea que conduce hasta nosotros, también se originó muy tempranamente, tanto como *Zinjanthropus*.

Homo habilis era exactamente lo que Louis y Mary habían estado buscando, lo que sabían que un día encontrarían: una prueba de que la humanidad —*Homo*— tenía profundas raíces en la historia evolutiva. La idea constituía una verdadera tradición entre los círculos antropológicos británicos de los años veinte y treinta, y Louis la había absorbido ya de sus mentores. Su descubrimiento de un fósil espectacular contribuyó a poner carne y sangre a aquella idea. Sin fósiles, ni la mejor de las ideas puede prosperar. Pero los fósiles descubiertos —sobre todo su interpretación— pueden ser controvertidos. Así ocurrió con *Homo habilis*. Y así ocurriría con un fósil similar que yo descubrí unos diez años más tarde. En todo esto estaba pensando durante nuestro vuelo hacia el norte, y también en el nuevo fósil descubierto por Kamoya.

Pese a hallarnos ahora a sólo dos horas de vuelo de Nairobi, parecía que estábamos ya en otro mundo. Todo estaba seco, la alta meseta en el este, y debajo, al oeste, el desierto. Este es mi paisaje. Habíamos llegado al extremo sur del lago Turkana, que ahora quedaba a nuestra derecha, prolongándose hacia el norte; hacia el sur había quedado obstruido por una erupción volcánica hace unos diez mil años. Desde la orilla meridional del lago, a unos 25 kilómetros lago adentro, está South Island, la «Isla del Sur», sitio de muchas leyendas locales. Alimentado por el gran río Omo, que drena las aguas de los montes etíopes, el lago tiene una historia geológica fascinante, que sólo ahora empieza a aflorar. En el pasado reciente las gentes del lugar lo llamaban el lago Bussa;

luego fue bautizado con el nombre de lago Rodolfo por el conde Samuel Teleki, quien lo «descubrió» en 1888; y finalmente lago Turkana, el nombre dado por el gobierno keniano tras la independencia en 1963, en reconocimiento del pueblo turkana que vive en sus márgenes occidentales.

El lago, que tiene la forma de una garra canina, mide de norte a sur unos 300 kilómetros, y tiene una anchura media de unos 40 km. Es una masa de agua impresionante, una poderosa presencia para las gentes que viven cerca e incluso para aquellos que sólo están de visita, como los científicos que trabajan en la zona. No conozco a nadie que haya pasado algún tiempo junto al lago que no se sienta, en cierto modo, como en casa. Algo extraordinario, para un medio tan inhóspito. Y, en muchos aspectos importantes, yo también me siento en casa.

Nuestra pista de aterrizaje está en la margen occidental del lago, a más de la mitad de camino hacia el norte, a unos 120 km al norte de Lothagam Hill, así que nos quedaba todavía una media hora de vuelo. Con el morro del Cessna apuntando hacia el norte, ya podía ver, a lo lejos, en la margen oriental, la familiar lengua de arena adentrándose en el lago. Es el bancal de arena de Koobi Fora, mi campamento base y hogar durante más de quince años dedicados a la búsqueda de fósiles, que me situó precisamente en la vía que había jurado no emprender nunca: seguir los pasos de mis padres. Pero no a su sombra, creo.

No puedo explicar —ni a mí mismo— cómo acabé finalmente implicado en la búsqueda de los orígenes humanos, siguiendo un camino que tan ferozmente había jurado no emprender. Fue en parte algo accidental, como ocurre tantas veces. De joven era un buen organizador, y lo sabía. Podía dirigir expediciones por aquellas difíciles tierras tan frecuentemente asociadas a la búsqueda de fósiles en el África oriental. Lenta pero inevitablemente me fui dedicando paulatinamente a gestionar el lado práctico de este tipo de expediciones. Y lenta pero inevitablemente la fascinación por los fósiles acabó imponiéndose. Si entonces hubiera sabido las amargas luchas académicas y personales que me esperaban, tal vez hubiera abandonado la empresa para dedicarme a algo más tranquilo, como ser general del ejército, por ejemplo. Pero llevaba los fósiles en la sangre, y no pude escapar a su llamada.

Se experimenta una profunda sensación de temor y de respeto al ver, y sostener, un fósil de homínido, un fragmento del propio pasado, del pasado de todos los *Homo sapiens*. Siempre me conmueve, y sé que no soy el único en esta profesión en reaccionar así. Mis colegas y yo no hablamos mucho sobre ello, porque no es «científico», pero es una parte muy real de esta ciencia tan especial, la búsqueda de la identidad del género humano. Tal vez fue esto lo que me arrastró a ella.

Mi decisión de explorar el potencial fósil de la margen oriental del lago Turkana fue una apuesta salvaje, de esas que se hacen cuando la arrogancia de

la juventud no deja ver la posibilidad de que puedes perderla. Fue una tormenta lo que me impulsó a tomar la decisión.

Era agosto de 1967; estaba a cargo del equipo de Kenia que formaba parte de una expedición conjunta franco-norteamericano-keniata al sur del valle del Omo, justo al norte del lago Turkana. Mi padre había ayudado a organizar la expedición, gracias a su amistad con el emperador Haile Selassie de Etiopía. Así que yo era muy consciente de la presencia de Louis, aunque no formara parte de la expedición.

Tras sobrevivir, durante nuestros primeros pasos, a un cocodrilo gigante que pretendía comerse el equipo de Kenia y la frágil embarcación que nos llevaba a través del gran río Omo, tuvimos bastante suerte. Encontramos fragmentos de dos cráneos humanos relativamente recientes, de unos 100.000 años de antigüedad, ejemplares ambos de los primeros humanos modernos, que desde entonces han sido reconocidos como evidencia en la historia humana. Pero en aquellos días todos estábamos mucho más interesados en la parte más arcaica de la historia humana, y este golpe de suerte no parecía suficiente para sentirse satisfecho. También me di cuenta de que el equipo de Kenia era el hermano pobre de la expedición. A cada equipo le fueron asignadas regiones geográficas distintas para operar, y la mayoría de los fósiles de mi zona eran claramente mucho más jóvenes que los de las demás regiones. Era evidente que había muchas posibilidades de quedar eclipsados por los descubrimientos de franceses y norteamericanos. No podía soportar la idea de que los méritos paleontológicos fueran monopolizados por los otros dos equipos.

Finalmente, ni franceses ni norteamericanos encontraron nada de verdadera importancia, salvo un fósil humano poco atractivo, una mandíbula inferior de 2,6 millones de años de antigüedad que sus descubridores franceses llamaron *Paraustralopithecus aethiopicus*. Casi veinte años más tarde esta pequeña mandíbula desempeñaría un rol importante en mi vida, pero en aquel momento no despertó mi interés. Estaba demasiado preocupado por los pobres resultados de mi equipo y, tal vez más aún, por mi propio estatus. Sí, yo dirigía el equipo de Kenia, pero no tenía credenciales científicas ni educación formal. Era un buen organizador, pero cuanto sabía de anatomía lo había aprendido en mi negocio juvenil de venta de esqueletos a museos, y como colaborador de colegas científicos. En realidad, el director científico del equipo de Kenia era mi padre, y esto me molestaba.

Con la expedición al río Omo a punto de acabar, tuve que volar de regreso a Nairobi para ocuparme de unos asuntos. A la vuelta, al llegar a nuestro destino, nos topamos con una enorme tormenta en la parte occidental del lago, que obligó al piloto de nuestra avioneta a cambiar de rumbo para volar por la parte oriental. Yo estaba familiarizado con los mapas de la región, que mostraban la parte oriental cubierta de rocas volcánicas, así que me quedé muy sorprendido al ver debajo lo que parecía ser un depósito sedimentario, el tipo de formación susceptible de contener fósiles. Yo sabía, por varias razones, que

nadie había explorado la zona en busca de fósiles. Así que decidí hacerlo yo.

Unos días más tarde, en un helicóptero alquilado por el contingente norteamericano de la expedición, sobrevolé la zona que había visto desde el avión. Le pedí al piloto que aterrizara cerca de unos sedimentos concretos, y a los pocos minutos ya sostenía entre mis manos fósiles y útiles de piedra. Exploramos otros yacimientos aquel día, y empecé a vislumbrar el futuro. Supe enseguida lo que tenía que hacer, pero mantuve mis planes en secreto.

Cuatro meses después, en la gran sala de juntas de la sede de la National Geographic Society en Washington D.C., informé sobre los progresos de la expedición al río Omo. Y luego avancé mi propuesta de una expedición exploratoria a Koobi Fora, en la margen oriental del lago Turkana. Describí brevemente mi visita en helicóptero y expliqué al comité lo que había encontrado. Estaba seguro, dije, de que allí había fósiles. El coste podía elevarse a unos 25.000 dólares.

Mi padre se quedó atónito. Aunque conocía mi interés por investigar un día la zona del lago Turkana, pensaba que mi presencia en la reunión obedecía a la necesidad de pedir apoyo financiero para el equipo de Kenia en el proyecto conjunto del río Omo. También el comité se mostró sorprendido, aunque sólo fuera por la audacia de un joven de veintitrés años que pedía una generosa ayuda financiera para una expedición independiente. Yo había abandonado la secundaria antes de hora, porque deseaba seguir mi propio camino en el mundo. No tenía educación universitaria ni la necesaria paciencia para ello. Pero a pesar de todo allí estaba yo, pidiendo ayuda para una exploración que podría haber ido a parar a un «verdadero» científico. Y pese a mi fanfarronada, de hecho no tenía la menor idea de lo que podía dar de sí una expedición a la parte oriental del lago. Pero sabía que tenía que intentarlo. La National Geographic decidió apoyar mi apuesta.

Alan Walker y yo estábamos a la altura del extremo sur del Turkana, ahora a nuestra derecha. Delante, el lago se alargaba más y más, como un infinito resplandor, mezclándose a lo lejos con la bruma de la mañana. Ahora Nairobi estaba realmente muy lejos. Me sentía liberado de las tensiones de la ciudad, de las exigencias del museo. La oleada de tranquilidad que me invade al llegar a este punto del viaje nunca falla. Volví a mirar a mi derecha y ví la Isla del Sur asomando lentamente, y recordé por qué unos depósitos fosilíferos tan ricos, en la zona oriental, habían permanecido inexplorados hasta mi primera expedición en 1968. Tiene que ver con la muerte de dos jóvenes.

El geólogo y explorador británico Vivian Fuchs organizó una expedición al lago en 1934, con ambiciosos planes de exploraciones geológicas, paleontológicas y arqueológicas extensivas. «El plan original de la expedición consistía en un viaje continuo alrededor del lago —había dicho Fuchs en una reunión organizada por la Royal Geographical Society de Londres el 15 de abril de 1935—. Tras la negativa del gobierno etíope a concedernos autorización para entrar en territorio de Abisinia [Etiopía], el plan tuvo que modificarse y obviar

el extremo norte del lago, que está justo al otro lado de la frontera. Por lo tanto, decidimos organizar el trabajo en dos fases, primero en la parte occidental del lago y luego en el lado oriental.» Precisamente las dos áreas donde, cuarenta años después, yo iría a explorar.

La margen occidental fue decepcionante para la expedición, como explicaría D. G. MacInness, uno de los ayudantes de Fuchs, a los eminentes científicos y exploradores reunidos en la Geographical Society. «Conocíamos la existencia de algunos depósitos fosilíferos, presuntamente del Mioceno, en la parte occidental del lago, donde la expedición francesa había descubierto fósiles dos años atrás. Encontramos de hecho algunas de las excavaciones realizadas por los franceses, pero o se lo habían llevado todo, o no había mucho que encontrar. No encontramos prácticamente nada.» Así que la expedición se concentró en la margen oriental.

Uno de sus centros de atención fue la Isla del Sur, un volcán extinguido a unos seis kilómetros de la orilla oriental, y a unos 25 km del extremo sur del lago. Anteriormente había recibido el nombre de isla Hohnel, de acuerdo con el nombre del teniente Ludwig von Hohnel, que llegó a la isla con la expedición del conde Teleki en 1888. También se la ha llamado, incorrectamente, Isla Elmolo. El Molo es el nombre de un pueblo que vive en la zona oriental del lago. Pero hay una isla Elmolo más al norte, mucho más pequeña que la Isla del Sur. Independientemente del nombre que se le dé, la isla siempre ha sido objeto de mitos y leyendas entre los pueblos del lago Turkana. Hablan de fuegos que se vieron hace tiempo. Como la isla es de origen volcánico, parecen leyendas muy lógicas.

El 25 de julio de 1934, Fuchs y W. R. H. Martin, un topógrafo, visitaron la isla tras una travesía breve pero difícil. A la mañana siguiente ambos hombres exploraron partes de la isla, en dirección hacia el pico más alto, de unos 600 metros de altura. «Al cabo de poco rato vimos las pisadas de un animal cuadrúpedo: una verdadera sorpresa, porque creíamos que la isla, a excepción de los pájaros, estaba deshabitada —contaba Fuchs. Las pisadas resultaron ser de cabras, cabras inicialmente domesticadas pero devueltas a su estado salvaje—. Más adelante encontramos trece esqueletos de cabra en diversas partes de la isla, y también un fragmento de cerámica y huesos humanos.» Posiblemente esta fuera la explicación de los fuegos que se habían visto en la isla, y no erupciones volcánicas. En todo caso, el descubrimiento iba a constituir un preludio siniestro de otro misterio relacionado con la isla.

El 28 de julio, Fuchs volvió a tierra firme, dejando que Martin continuara su tarea de inspección. Al día siguiente, el doctor W. S. Dyson, un médico norteamericano de la expedición, se unió a Martin para lo que en principio iba a ser un trabajo científico, difícil pero fascinante, de dos semanas. A estas alturas la expedición había terminado sus exploraciones en la margen occidental del lago, y la excursión a la Isla del Sur formaba parte de un trabajo similar en la zona oriental, donde se esperaba poder encontrar restos fósiles y arqueológicos.

Se hicieron planes para la comunicación de emergencia entre la isla y los campamentos continentales. Pero nunca llegó a establecerse ningún contacto. Llegó el día previsto para el reencuentro, pero no hubo señal alguna. Si algo les había pasado a aquellos dos hombres tenía que haber ocurrido en muy poco tiempo, puesto que desaparecieron sin ninguna llamada de socorro. Pese a una búsqueda intensiva y frustrante, con varios aviones y botes, no se pudo dar con ellos. Lo único que se encontró de ellos y de su empresa fueron dos latas, dos remos, y el sombrero de Dyson, todo ello arrojado en la orilla occidental, a unos 100 km al norte de la Isla del Sur. «Uno de los aspectos más misteriosos de todo el asunto fue la desaparición de la embarcación y de los dos recipientes de gasolina que había en ella», diría Fuchs más tarde.

Exactamente cuarenta años después, en el verano de 1974, la tragedia volvió a golpear a una de mis expediciones, justo un poco más al norte, en la margen oriental. Un joven estudiante estaba recogiendo muestras, solo, lo que suponía una peligrosa contravención de las normas del campamento. Se perdió. De nuevo una impresionante búsqueda aérea durante cuatro días, sin éxito. Al final se dio con él por puro azar, pero estaba tan malherido, por el calor y la deshidratación, que deliraba, y nunca conseguimos descubrir lo que pasó. Murió unos días más tarde en el hospital de Nairobi. Como en el caso de Martin y Dyson, la pérdida del joven estudiante fue un recordatorio siniestro de que el lago Turkana, ese lugar que tanto quiero, puede ser cruel e inclemente, y exige respeto, como toda la naturaleza.

Por lo que puede inferirse a partir de informes y comentarios verbales, Fuchs y sus colegas habían conseguido llegar hasta un punto situado justo al sur de Alia Bay cuando las muertes de Martin y de Dyson acabaron con la expedición. El objetivo previsto de la expedición —«encontrar restos de culturas humanas primitivas» —no se cumplió. Pero estuvieron muy cerca, porque la zona a la que llegaron la conozco muy bien, precisamente donde los estratos empiezan a ser interesantes. A veces sonrío cuando pienso en lo cerca que estuvieron de encontrar fósiles.

Iniciamos el descenso a la altura de Lothagam Hill, y la temperatura de la cabina ya empezaba a subir. Pronto podríamos percibir los olores familiares del lago Turkana, una extraña mezcla de hierba quemada y tierra reseca. Alan estaba escudriñando una zona denominada Karukongar, deseoso de localizar la toba, el estrato de ceniza volcánica que aquí tiene un extraño color azulado. «¿Por dónde vas a sobrevolar, Leakey?»

Lothagam Hill es lo que un geólogo llamaría un horst, un amplio macizo rocoso que se eleva en el extremo occidental del valle. No se sabe qué es lo que provocó la elevación de este macizo rocoso, pero el efecto es idéntico a la estructura de los cañones y llanuras típicas del Oeste norteamericano. Aquí, el horst adquiere la forma de una isla en medio de un angosto valle aluvial al oeste del lago. Hace diez mil años, Lothagam fue realmente una isla, porque en-

tonces el lago Turkana era enorme, y cubría un área por lo menos cuatro veces mayor que la actual. No hace mucho se descubrieron yacimientos funerarios y ceremoniales de la misma época —hace diez mil años— en la cima de la colina. Resulta intrigante imaginar una pequeña comunidad en la isla de Lothagam.

Una combinación de actividad volcánica, sedimentación y tiempo —unos cuatro millones de años— transformaron Lothagam en un sueño para los paleontólogos y en una pesadilla para los geólogos. Hay bolsas de sedimentos fosilíferos, y en un pequeño torrente la erosión deja aflorar lentamente de la arenisca el esqueleto completo de un carnívoro. Pero los elementos de la geología son difíciles de desentrañar, lo que complica la datación de los fósiles que allí encontramos. Es el caso de la mandíbula del *Australopithecus* de Lothagam, el fragmento de mandíbula inferior fosilizado que mencionaba antes. Su edad sigue siendo un enigma.

«¡Mira, ahí está!», dijo Alan. A nuestra izquierda estaba la toba azulada, que desde esta altura parecía una veta quebrada a lo largo del paisaje. En tierra es mucho más impresionante, ya que en algunos puntos puede llegar a alcanzar hasta tres metros de grosor, como un río de piedra. «A ver si podemos seguir su rastro hasta Lothagam», dije, al tiempo que inclinaba la avioneta hacia abajo, listo para planear a vuelo raso. Por desgracia, la toba era demasiado fragmentaria y, por mucho que lo intentáramos, no íbamos a poder seguir su trayectoria. Abandonamos la idea y decidimos que volveríamos a intentarlo desde tierra, al cabo de un par de días, para recoger muestras con que llevar a cabo un análisis químico.

Habíamos descubierto la toba tres años atrás, cuando Alan y yo realizábamos un safari por Karukongar, con Kamoya y la Banda Homínida, abriéndonos camino desde el norte del lago Baringo hasta este punto, justo al sur de Lothagam. Fue una excursión rápida, una exploración para programar futuros proyectos interesantes, que fue memorable, en parte porque el brazo de Alan se hinchó hasta alcanzar proporciones alarmantes a raíz de una picada de avispa. Como era alérgico a las avispas, y por lo tanto corría el riesgo de shock mortal, huelga decir que pasamos momentos difíciles, sobre todo en plena jungla, a muchas horas de distancia del primer hospital. Pero por suerte se recuperó bastante pronto.

El campamento final de aquel viaje estaba a unos quince kilómetros de Lothagam, por un gran cauce de arena flanqueado de árboles que nos daban sombra. Pero no estábamos solos, porque la margen occidental suele estar relativamente poblada. Sabíamos que había pastores por allí, porque habíamos visto sus animales, cientos de camellos y de cabras. Algunos hombres turkana vinieron al campamento a por té y tabaco, pero no había jóvenes. Ojalá hubiéramos sido menos confiados. Poco después Alan y yo tuvimos que volver a Nairobi, dejando que Kamoya y la Banda Homínida levantaran el campamento al día siguiente. Pero tuvieron que hacerlo antes de lo previsto.

Tan pronto como el ruido del avión dejó de oírse, los jóvenes «ausentes» aparecieron cargados de rifles para exigir mantas y otras cosas —bandidos locales, como supimos luego. Kamoya consiguió convencerlos como pudo para que volvieran al día siguiente, prometiéndoles que se les daría todo cuanto quisieran. Cuando los bandidos se marcharon, Kamoya y sus hombres recogieron todo cuanto pudieron dentro de las tiendas para evitar dar la sensación de que levantaban el campamento. Luego, cuatro horas después de la puesta de sol, a una señal convenida, cortaron las cuerdas, lanzaron las tiendas rápidamente a los Land Rovers, y el grupo huyó velozmente en la oscuridad de la noche, sin luces. «Fue un poco difícil», me dijo Kamoya más tarde, restándole importancia.

Satisfechos de haber podido sacar el máximo de información del rompecabezas de Lothagam gracias a nuestra exploración aérea, Alan y yo decidimos dirigirnos al campamento. Kamoya estaría esperando. La pista de aterrizaje es corta. Yo lo prefiero así, porque disuade a posibles visitas indeseadas. Con el lago detrás nuestro y con la pared occidental del desfiladero delante, hicimos un descenso muy inclinado, y la temperatura seguía subiendo. Mucha gente tiene miedo de los aterrizajes en plena naturaleza, sobre todo de los míos. Pero yo no me arriesgo, ya no. Hubo un tiempo —era mucho más joven— en que creía poder hacer cualquier cosa y salir airoso. Una vez me salvé de milagro, y aprendí la lección. Prefiero seguir con vida.

El altímetro marcaba 500 metros. La pérdida de velocidad resonaba en los asientos. Por fin las ruedas tocaron tierra y siguieron rodando por la superficie herbácea mientras yo frenaba con fuerza. Abrí la cabina, y un soplo de ardiente aire turkana nos envolvió, conteniendo el olor a lejanos rebaños de cabras y a vegetación reseca. Vimos un Land Rover, y a Kamoya y Peter Nzube esperando, con una amplia sonrisa. «O.K. Walker —dije a Alan—, veamos qué es lo que tienen para nosotros esta vez.»